

Dipesh Chakrabarty

**EL CLIMA DE LA HISTORIA  
EN UNA ÉPOCA PLANETARIA**

Traducción de Manuel Antonio Córdoba  
y Natalia Baizán de Aldecoa

Alianza Editorial

Título original: *The Climate of History in a Planetary Age*  
Licensed by The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, U.S.A.,  
by arrangement with International Editors' Co.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2021 by The University of Chicago. All rights reserved  
© de la traducción: Manuel Antonio Córdoba y Natalia Baizán de Aldecoa, 2022  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1148-021-5  
Depósito Legal: M. 19.289-2022  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA  
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: INDICIOS DE LO PLANETARIO .....	13
---	----

## PARTE I EL GLOBO Y EL PLANETA

1. CUATRO TESIS .....	49
Primera tesis: Las explicaciones antropogénicas del cambio climático anuncian el colapso de la distinción humanista entre historia natural e historia humana .....	55
Segunda tesis: La idea del Antropoceno, la nueva época geológica en la que los humanos existen como fuerza geológica, supone una reformulación de las historias humanistas sobre la modernidad/globalización .....	64
Tercera tesis: La hipótesis geológica del Antropoceno requiere que pongamos en conversación las historias globales del capitalismo con la historia de los humanos como especie .....	70
Cuarta tesis: La hibridación entre la historia de la especie y la historia del capital es un proceso que pone a prueba los límites de nuestro entendimiento histórico .....	81
Anexo: Un apunte sobre la especie y la historia universal negativa .....	86
2. HISTORIAS CONJUNTAS .....	91
Probabilidad e incertidumbre radical .....	95
Nuestras vidas divididas en cuanto humanos y nuestra vida colectiva como especie dominante .....	102
¿Somos los humanos especiales? La brecha moral del Antropoceno .....	111
Clima y capital, lo global y lo planetario .....	117
3. EL PLANETA: UNA CATEGORÍA HUMANISTA .....	123
Lo global y lo planetario: el globo de la globalización .....	129
Lo global y lo planetario: el globo del calentamiento global .....	135

Las divergencias entre lo global y lo planetario .....	143
Sostenibilidad y habitabilidad: la línea entre lo global y lo planetario .....	145
Cara a cara con lo planetario .....	152
El planeta y lo político .....	155

PARTE II  
LA DIFICULTAD DE SER MODERNO

4. LA DIFICULTAD DE SER MODERNO .....	167
Lo posthumano y lo poscolonial .....	174
La modernización y la ética de la distinción entre naturaleza y cultura .....	184
La dificultad de ser moderno .....	194
5. ASPIRACIONES PLANETARIAS: LECTURAS DE UN SUICIDIO EN INDIA .....	197
La invisibilidad del cuerpo dalit .....	203
El cuerpo dalit como inscripción y abstracción .....	209
Una lectura para el Antropoceno .....	212
6. EN LAS RUINAS DE UNA FÁBULA DURADERA .....	225
Dos narrativas sobre el cambio climático .....	229
La modernidad y la geología kantiana de la moral .....	238
Las entrecruzadas vidas morales y animales de los humanos .....	245
Hacia Latour, mirando hacia delante .....	250

PARTE III  
CARA A CARA CON LO PLANETARIO

7. EL TIEMPO DEL ANTROPOCENO .....	257
¿Muchos Antropocenos? .....	257
¿Por qué perdemos de vista el tiempo geológico en los debates del Antropoceno? .....	259
De «fuerza» a «poder», de la historia de la tierra a la historia del mundo .....	263
El tiempo de la historia mundial .....	272
Pensar el tiempo geológico .....	275
Formas humanocéntricas y planetocéntricas de pensar .....	282
El tiempo geológico, la cotidianidad y la cuestión de lo político .....	293
8. HACIA UNA APERTURA ANTROPOLÓGICA .....	299
Los soportes de la mutualidad .....	302
El mundo materialmente vacío de la mutualidad .....	308
Ver el planeta en la tierra .....	312

Nuestra relación con la tierra del sistema Tierra .....	315
La modernidad y la pérdida de reverencia .....	318
Hacia una apertura antropológica .....	320
Admiración y reverencia .....	323
EPÍLOGO: LO GLOBAL REVELA LO PLANETARIO. UNA CONVERSACIÓN CON BRUNO LATOUR .....	335
AGRADECIMIENTOS .....	352



*A Rochona y Arko.*

*En memoria de todos los humanos y otros seres  
vivos que fallecieron en los incendios forestales  
de Australia entre 2019-2020 y en el ciclón  
Amphan en la bahía de Bengala en 2020.*



## INTRODUCCIÓN INDICIOS DE LO PLANETARIO

*A mí, empero, esas turbas no me incitan ni a reír ni a llorar, sino más bien a filosofar y a observar mejor la naturaleza humana. Pues no pienso que me sea lícito burlarme de la naturaleza, y mucho menos quejarme de ella, cuando considero que los hombres, como los demás seres, no son más que una parte de la naturaleza, y que desconozco cómo cada una de esas partes concuerda con su todo y cómo se conecta con las demás.*

Baruch Spinoza a Henry Oldenburg (1675)<sup>1</sup>.

Si Hegel —declarado admirador de Spinoza— estuviese vivo para sondear las profundidades de nuestro sentido del presente, se daría cuenta

<sup>1</sup> Steven Nadler, *Spinoza: A Life*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, p. 220. [Existe edición en castellano: *Spinoza*, trad. de Carmen García-Trevijano y Ana Useros Martín, Akal, Madrid, 2021.]

de algo que, imperceptible pero inexorablemente, se está filtrando en la conciencia histórica cotidiana de aquellos que consumen una dieta diaria de noticias: una conciencia del planeta y de su historia geobiológica. Esto no está pasando al mismo ritmo en todas partes, pues el mundo —qué duda cabe— sigue siendo desigual. La actual pandemia, el auge de los autoritarismos, de los racismos y de los regímenes xenofóbicos en todo el mundo, junto con los debates sobre energías renovables, energías fósiles, cambio climático, incendios forestales, sequías fuera de estación, inundaciones, situaciones climáticas de riesgo, escasez de agua, calentamiento global, «exceso» de gases de efecto invernadero en la atmósfera, pérdida de la biodiversidad, refugiados ambientales, acuerdos climáticos, emergencia climática, el Antropoceno y demás asuntos nos recuerdan, con mayor o menor claridad, que algo está pasando con nuestro planeta, y que esto probablemente tiene que ver con nuestras acciones humanas. Los acontecimientos geológicos y los relacionados con la historia de la vida parecían, hasta hace muy poco tiempo, asuntos propios de especialistas. Pero ahora el planeta, cualquiera que sea la percepción que tenemos de él, está emergiendo como un asunto de gran preocupación y atención crítica junto con nuestros familiares recelos hacia el capitalismo, la injusticia y la desigualdad. La pandemia de la COVID-19 es la ilustración más reciente y trágica de cómo el proceso expansivo y cada vez más acelerado de la globalización puede catalizar cambios a largo plazo dentro de la historia de la vida en el planeta<sup>2</sup>. Este libro trata sobre esa emergente categoría-objeto de preocupación humana (el planeta) y cómo esto afecta a nuestras tradicionales narrativas sobre la globalización. Este cambio ha sucedido a lo largo de mi vida, y es por ello por lo que espero que el lector me permita algunos comentarios autobiográficos antes de entrar en materia.

Habiendo crecido en la desigual, turbulenta y progresista ciudad de Calcuta en los años sesenta, mi educación sentimental y política —similar a la de muchas personas de mi generación— se fundó en el deseo de igualdad y en la búsqueda de un orden social más justo. El entusiasmo de mi adolescencia encontró expresión en mis primeros trabajos aca-

<sup>2</sup> Véase mi «An Era of Pandemics? What is Global and What is Planetary about COVID-19», *In the Moment* (blog), *Critical Inquiry*, 16 de octubre de 2020; <https://critinq.wordpress.com/2020/10/16/an-era-of-pandemics-what-is-global-and-what-is-planetary-about-covid-19/>.

démicos sobre las historias del movimiento obrero y en mis colaboraciones en la serie *Estudios subalternos*, que trataba de reconocer la agencia de las personas y colectivos socialmente subordinados en la creación de su propia historia. Nuestro pensamiento estaba profundamente influenciado por el auge global de los estudios de la teoría poscolonial, de género, cultural, indigenista y otros campos que el académico Kenneth Ruthven agrupó en los años noventa bajo la rúbrica de «nuevas humanidades»<sup>3</sup>.

Atrapado en los profundos cambios históricos que las corrientes arremolinadas de la globalización habían traído a las vidas de los indios de clase media como yo, me encontraba por aquel entonces trabajando como historiador y teórico social en la Universidad de Melbourne. Incluso después de trasladarme a la Universidad de Chicago en 1995, no me abandonaron las preguntas que marcaron a los movimientos populares de mi juventud: preguntas relacionadas con los derechos, la modernidad y la libertad y con la posibilidad de transicionar hacia un mundo más racional y democrático. Mi libro *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica* (2000) fue producto de estos años, durante los cuales, partiendo de una perspectiva poscolonial, traté de desarrollar vías para entender lo que las élites anticoloniales y modernizadoras de los países previamente colonizados hacían y podían hacer, operando, por lo general, en los límites del legado intelectual de una Europa imperialista de la que inevitablemente eran herederos. Esta era mi contribución a la discusión de la historia del globo que los imperios europeos, los modernizadores anticoloniales y el capitalismo global habían creado —un tema que dominaba la disciplina histórica, así como otros campos de las humanidades, hacia finales de la última década del siglo pasado y buena parte de este—<sup>4</sup>.

Algo sucedió a comienzos del siglo XXI que produjo un cambio en mi perspectiva teórica. En 2003 un devastador incendio forestal en el

<sup>3</sup> Ken Ruthven (ed.), *Beyond the Disciplines: The New Humanities*, The Australian Academy of the Humanities, Canberra, 1992.

<sup>4</sup> Para dos estimulantes discusiones recientes sobre este tema, véanse Sebastian Conrad, *What Is Global History?*, Princeton University Press, Princeton, 2016 [existe edición en castellano: *Historia Global: Una nueva visión para el mundo actual*, trad. de Gonzalo García, Crítica, Barcelona, 2017], y Sumathi Ramaswamy, *Terrestrial Lessons: The Conquest of the World as Globe*, University of Chicago Press, Chicago, 2017.

Territorio de la Capital Australiana se llevó la vida de varias personas y de varios seres no humanos, además de arrasar con cientos de casas y destruir los bosques y parques que rodeaban Camberra, conocida como la «capital del arbusto». Se perdieron lugares en los que había desarrollado mis estudios de doctorado y que todavía hoy recuerdo con afecto. El sentimiento de duelo ocasionado por estas pérdidas me hizo interesarme por la historia de estos particulares incendios y pronto, como consecuencia de mis lecturas sobre estos asuntos, los problemas del cambio climático antropogénico se empezaron a inscribir dentro del pensamiento humanocéntrico en el que solía operar. Los científicos afirmaban que los humanos (sus miles de millones y su tecnología) se habían convertido en una fuerza geofísica capaz de transformar, con terribles consecuencias, el sistema climático de nuestro planeta *en su totalidad*. También tuve noticia de un fructífero campo de literatura científica sobre la hipótesis del Antropoceno, la tesis de que el impacto humano sobre el planeta ha sido tal que necesitamos un cambio en la cronología geológica de la historia de la Tierra que indique que el planeta ha cruzado el umbral del Holoceno (de unos 11.700 años de antigüedad) y ha entrado en una época merecedora de un nuevo nombre: el Antropoceno<sup>5</sup>.

La figura de lo humano ha crecido por partida doble a lo largo de mi vida. Teníamos —y todavía tenemos— la figura de lo humano de las historias humanistas, el humano capaz de luchar por la igualdad y la justicia entre humanos y, al mismo tiempo, preocuparse por el medio ambiente y ciertas formas de vida no humanas. Y luego tenemos esta otra figura de lo humano, el humano como agente geológico, cuya historia no podía ser narrada desde un punto de vista exclusivamente huma-

<sup>5</sup> Jan Zalasiewicz *et al.*, «A General Introduction to the Anthropocene», en *The Anthropocene as a Geological Time Unit: A Guide to the Scientific Evidence and Current Debate*, Jan Zalasiewicz, Colin Neil Waters, Mark Williams y Colin Summerhayes (eds.), Cambridge University Press, Cambridge, 2019, pp. 2-11. Para cuatro importantes introducciones al problema del Antropoceno desde el punto de vista de las humanidades y las ciencias sociales, véanse Simon Lewis y Mark Maslin, *The Human Planet: How We Created the Anthropocene*, Penguin Random House, Londres, 2018; Jeremy Davis, *The Birth of the Anthropocene*, University of California Press, Oakland, 2018; Eva Horn y Hannes Bergthaller, *The Anthropocene: Key Issues for the Humanities*, Routledge, Londres, 2020, y Carolyn Merchant, *The Anthropocene and the Humanities: From Climate Change to a New Age of Sustainability*, Yale University Press, New Haven, 2020.

nocéntrico (como hacen la mayoría de narrativas del capitalismo y de la globalización). El uso del término *agencia* en la expresión «agencia geológica» era marcadamente diferente del concepto de «agencia» que acuñaron y celebraron mis héroes historiadores de los sesenta —E. P. Thompson, por ejemplo, o nuestro maestro Ranajit Guha—. Esta agencia no era autónoma o consciente, como lo era en las historias sociales de Thompson o Guha, sino que era propia de una fuerza geológica impersonal e inconsciente, la consecuencia de una actividad colectiva y humana.

La idea de que existe un cambio climático antropogénico y planetario no encuentra demasiada oposición académica hoy en día, pero la tesis del Antropoceno ha sido objeto de intenso debate por parte de científicos e intelectuales humanistas<sup>6</sup>. El debate ha convertido el término en una categoría popular y —como suele pasar con tales debates— polisémica en las humanidades hoy en día. Poco importa si los geólogos deciden o no formalizar algún día el término «Antropoceno»: los datos reunidos y analizados por el Grupo de Trabajo sobre el Antropoceno establecido por la Comisión Internacional de Estratigrafía de Londres durante los últimos años no dejan duda respecto a un punto: ya no vivimos simplemente en una era global; vivimos en la encrucijada de lo global y lo que se puede llamar «lo planetario»<sup>7</sup>. Nuestra reflexión sobre los últimos siglos de historia humana, y los que están por venir, debe articularse sobre estas dos bases: aquello que hemos llamado *globo* y esa nueva entidad histórico-filosófica denominada *planeta*. Esta segunda no es igual al globo, ni es un sinónimo de la Tierra o el mundo, ni de las demás categorías con las que hemos organizado la historia moderna hasta la fecha. La intensificación de la globalización capitalista y la consecuente crisis del calentamiento global, junto con los debates que han acompañado a los estudios sobre estos fenómenos, han contribuido a que el planeta —o más propiamente, tal y como lo empleo en este libro, el sistema Tierra— haya pasado a ocupar el centro de los horizontes intelectuales de los académicos de humanidades.

El globo es una construcción humanocéntrica; el planeta, o el sistema Tierra, descentra lo humano. Esta doble figura de lo humano re-

<sup>6</sup> Algunos de estos debates ya aparecen en mi texto «The Human Significance of the Anthropocene», en *Reset Modernity!*, Bruno Latour (ed.), MIT Press, Cambridge, 2016.

<sup>7</sup> Véase Zalasiewicz *et al.*, *The Anthropocene*, *op. cit.*, pp. 31-40, para las discusiones acerca de la utilidad de formalizar el término.

quiere que consideremos cómo varias formas de vida, la nuestra y otras, están implicadas en procesos históricos que combinan el globo y el planeta como entidades proyectadas y categorías teóricas, imbricando de esta forma la limitada escala temporal con la que los humanos modernos y los historiadores humanistas contemplan la historia con la escala inhumana y vasta de la historia profunda.

### *Capital, tecnología y lo planetario*

El globo y el planeta (entendidos como las categorías que actúan en los dos narrativas de la globalización y del calentamiento global) están conectados. Lo que los conecta es el fenómeno del capitalismo moderno —en un sentido amplio— y la tecnología, ambos globales en escala. Al fin y al cabo, el aumento de los gases de efecto invernadero se debe, de manera exclusiva, al intento por parte de las naciones contemporáneas de desarrollar una forma de modernización y progreso por la vía de la industrialización y la postindustrialización. Ninguna nación ha rechazado este modelo de desarrollo, cualesquiera que hayan sido sus críticas al respecto. Como resultado de esta industrialización, el historiador John McNeill ha escrito que el siglo xx se convirtió en «una época de cambios extraordinarios» en la historia humana. «La población humana aumentó de 1,5 a 6 mil millones, la economía del mundo aumentó quince veces su tamaño, el uso de la energía se incrementó entre trece y catorce veces, el uso de agua potable aumentó nueve, las áreas irrigadas se quintuplicaron»<sup>8</sup>. En vista de este afán global de industrialización y desarrollo, no es de extrañar que los defensores de la justicia climática vean el calentamiento global como una consecuencia del desarrollo desigual del capitalismo ocasionado por las diferencias de clase, género y raza, y que traten toda discusión sobre el cambio climático planetario con cierta sospecha, en la medida en que estos discursos niegan a los países menos desarrollados el «espacio de carbono» que necesitarían para completar su industrialización.

<sup>8</sup> Citado en Andrew S. Goudie y Heather A. Viles, *Geomorphology in the Anthropocene*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016, p. 28. Para una discusión más general, véase John R. McNeill y Peter Engelke, *The Great Acceleration: An Environmental History of the Anthropocene since 1945*, Harvard University Press, Cambridge, 2014.

Con todo, la historia del capitalismo, tal y como se ha contado, no es suficiente para entender la situación en la que nos encontramos hoy en día los humanos. Esto se debe a que muchos de los desastres «naturales» de nuestro presente son consecuencia de cambios que las instituciones socioeconómicas y tecnológicas imponen sobre procesos que los científicos del sistema Tierra describen como planetarios. Estos procesos han operado, hasta hoy, de manera independiente a los asuntos humanos, si bien han sido fundamentales para el desarrollo de las formas de vida humanas y no humanas. Cuanto más conscientes seamos de nuestra emergente agencia planetaria, más clara tendremos la urgencia de repensar ciertos aspectos del planeta que los humanos tomamos, por lo general, como *fait accompli*. Tal es el caso de la atmósfera y de la proporción de oxígeno en ella. La atmósfera es tan fundamental para nuestra existencia como el simple acto de respirar. Pero ¿cuál es la historia de esta atmósfera? A la hora de pensar sobre futuros humanos, ¿tenemos que pensar sobre la historia de esa entidad? La respuesta es que sí. Durante 375 millones de años —desde la aparición de los bosques— la concentración de oxígeno se ha mantenido en un cierto nivel gracias a ciertos procesos planetarios que permitían que los animales no se asfixiaran por falta de oxígeno e impedían que los bosques ardieran por su exceso. Son varios los procesos dinámicos que mantienen a la atmósfera en su equilibrio actual. Al ser un gas reactivo, el aire necesita un suministro constante de oxígeno. Parte de este oxígeno proviene de pequeñas criaturas marinas como el plancton. En el caso de que la actividad marítima de los humanos termine por destruir este plancton, esto implicaría la destrucción de una de las principales fuentes de oxígeno. Resumiendo: los humanos han adquirido la capacidad de interferir en los procesos planetarios, pero no necesariamente —al menos todavía no— la capacidad de arreglarlos.

Nuestra habilidad a la hora de dar forma al planeta es fundamentalmente tecnológica, y es por ello por lo que la tecnología es una parte intrínseca del despliegue de la historia humana. El geólogo Peter Haff acuñó recientemente el término «tecnosfera» para caracterizar el sistema global de la tecnología humana:

La proliferación de la tecnología a lo largo del globo define la tecnosfera: el conjunto de tecnologías interconectadas a gran escala que subyacen y

hacen posible la extracción de grandes cantidades de energía libre de la Tierra, con la subsiguiente generación del suministro energético necesario para la comunicación instantánea a distancia, el transporte de materia y energía a larga distancia, la existencia de burocracias gubernamentales, las operaciones industriales y de manufacturación de alta intensidad energética, la distribución global y continental de alimentos y de otros bienes y una pluralidad de procesos «artificiales» y «no naturales» sin los cuales la civilización moderna y los más de  $7 \times 10^9$  de humanos que la constituyen actualmente no podrían existir<sup>9</sup>.

De acuerdo con el argumento de Haff, el tamaño actual de la población humana es «profundamente dependiente de la existencia de la tecnosfera», sin la cual nuestros números demográficos «decaerían hasta llegar a los diez millones de individuos propios de la Edad de Piedra»<sup>10</sup>. La tecnología, señala Haff, se ha convertido en una condición de la biología y de la existencia masiva de los humanos en el planeta<sup>11</sup>.

La tesis de Haff sobre la tecnosfera nos permite entender hasta qué punto la tecnología se ha convertido en «independiente» [*unencumbered*], por usar el término de Carl Schmitt, y cómo, debido a su poder, los humanos ya han transformado la Tierra en una nave espacial en la que embarcarse ellos y otras formas de vida que dependen de ellos para su propia existencia. En su «Diálogo de los nuevos espacios», Schmitt articula a través de un personaje ficcional, el Señor Altman (un viejo historiador), la distinción fundamental entre vivir en la tierra y vivir en un barco a la deriva. La base de la «existencia terrestre», dice, se fundamenta en «la casa y la propiedad, el matrimonio, la familia y el derecho hereditario», junto con la posesión de animales. La tecnología, cuando está presente en este tipo de vida, sería independiente con respecto a todo lo que tal vida implica. La tecnología *per se* nunca podría dar

<sup>9</sup> Peter Haff, «Technology as a Geological Phenomenon: Implications for Human Well-Being», en *A Stratigraphical Basis for the Anthropocene*, Jan Zalasiewicz, M. Williams, M. Ellis, A. M. Snelling y C N. Waters (eds.), Geological Society of London, Londres, 2014, pp. 301-302.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 302.

<sup>11</sup> Para una crítica del concepto de tecnosfera de Haff, véase Jonathan F Donges, Wolfgang Lucht, Finn Müller-Hansen, Will Steffen y Jonathan F. Donges, «The Technosphere in Earth System Analysis: A Coevolutionary Perspective», *Anthropocene Review* 4, n.º 1, 2017, pp. 23-33.

cuenta de esta vida. Sin embargo, con la conquista del mar el barco se convierte en aquello que Schmitt llama «tecnología independiente». A diferencia de la casa de la «existencia terrestre», la base de la «existencia marítima» era el barco, un «medio tecnológico mucho más avanzado que la casa». En los barcos (como en los aviones hoy en día), la vida depende, de manera crucial, del correcto funcionamiento de la tecnología<sup>12</sup>. Si la tecnología falla, la vida se enfrenta al desastre. Si Haff está en lo cierto cuando dice que la tecnosfera se ha convertido en la principal condición de supervivencia de los siete (y pronto nueve) mil millones de seres humanos, entonces ya podemos decir que hemos transformado la tierra en algo similar al barco de Schmitt, en la medida en que su capacidad de mantener nuestros miles de millones de vidas humanas depende de la existencia de la propia tecnosfera. En artículos posteriores, Haff distingue entre un «Antropoceno social» —y «comprometido»— y un «Antropoceno geológico», y reitera que es importante que los humanos «reconozcan que la tecnosfera tiene agencia, y que esta agencia no es la misma que la nuestra»<sup>13</sup>.

La tecnosfera se extiende hasta las profundidades de «la roca subterránea a través de minas, perforaciones y otras construcciones bajo tierra», y también hasta el «ámbito marítimo» —no solo a través de barcos y submarinos sino también en «plataformas petroleras y gasoductos, puertos, muelles y otras estructuras de acuicultura»—<sup>14</sup>. En tierra firme abarca nuestras «casas, fábricas y granjas», junto a nuestros sistemas informáticos, teléfonos inteligentes y CD», y los «residuos de los vertederos y las escombreras». La tecnosfera «tiene una escala impactante, con unos 30 billones de toneladas, que representan una masa de más de 50 kilos por cada metro cuadrado de la superficie terrestre». Como señala el geólogo Mark Williams: «Se puede decir que la tecnosfera ha brotado de la biosfera y que ahora es al menos en parte parásita de ella», pero, comparada con la biosfera, «es notablemente pobre en el

<sup>12</sup> Carl Schmitt, *Dialogues on Power and Space*, Andreas Kalyvas y Frederico Finchelstein (eds.), trad. e intr. de Samuel Garrett Zeitlin, Polity, Cambridge, 2015, pp. 72, 73-74. [Existe edición en castellano: *Diálogos*, trad. de Anima Schmitt de Otero, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962.]

<sup>13</sup> Peter Haff, «The Technosphere and Its Relation to the Anthropocene», en *Anthropocene as a Geological Time Unit*, Zalasiewicz et al. (eds.), p. 143.

<sup>14</sup> Jan Zalasiewicz et al., «Scale and Diversity of the Physical Technosphere: A Geological Perspective», *Anthropocene Review* 4, n.º 1, 2017, p. 10.

reciclaje de sus propios materiales, como lo demuestran nuestros crecientes vertederos»<sup>15</sup>.

Igual de llamativas son las figuras que ilustran el papel de los seres humanos en lo que respecta a la remodelación del paisaje del planeta no solo en su superficie, sino también al nivel de las plataformas continentales. La tierra y el fondo marino han sido transformados por los humanos. «A finales del siglo xx, la pesca de arrastre se extendía sobre unos 15 millones de kilómetros cuadrados al año. Esto incluye actualmente la mayor parte de las plataformas continentales, y áreas significativas del talud continental, además de la zona superior de las montañas submarinas»<sup>16</sup>. Este rol biológico y geomorfológico de los humanos no se puede separar de la historia que conecta el capitalismo con el calentamiento global. En 1994, según una estimación, «el movimiento de tierra por parte de los humanos causó un desplazamiento de 30 miles de millones de toneladas por año a nivel global». Otra estimación, esta de 2001, daba la figura de 57 miles de millones de toneladas al año. Para que se entienda este número, la cantidad de sedimentación llevada al océano por la totalidad de los ríos del mundo se encuentra entre los 8,3 y los 51,1 miles de millones de toneladas al año<sup>17</sup>. Los humanos, señala el geólogo Colin Waters, «mueven más sedimentos a través de estos métodos [la minería y la excavación] que todos los procesos naturales combinados (26 gigatoneladas al año)»<sup>18</sup>. Resulta imposible separar semejante papel geomorfológico y biológico de la historia que conecta el capitalismo y el calentamiento global.

En la medida en que estas estimaciones respecto al impacto humano sobre el planeta sugieren que ya hemos traspasado el umbral del Holoceno y entrado en una época geológica completamente nueva, podemos añadir que, como humanos, vivimos actualmente en dos tipos distintos y simultáneos de «tiempo-ahora» (lo que en alemán llamarían *Jetztzeit*): en nuestra propia conciencia como humanos, el «ahora»

<sup>15</sup> Mark Williams, «Earth's "Technosphere" Now Weighs 30 Trillion Tons, Research Finds», Phys.org, 30 de noviembre de 2016. La base de estos cálculos puede encontrarse en Jan Zalasiewicz *et al.*, «Scale and Diversity of the Physical Technosphere: A Geological Perspective», *Anthropocene Review* 4, n.º 1, 2017, pp. 9-22.

<sup>16</sup> Zalasiewicz *et al.*, *Anthropocene as a Geological Time Unit*, *op. cit.*, p. 105.

<sup>17</sup> Goudie y Viles, *Geomorphology in the Anthropocene*, *op. cit.*, p. 33.

<sup>18</sup> Zalasiewicz *et al.*, *Anthropocene as a Geological Time Unit*, *op. cit.*, p. 71.

de la historia humana se ha entrelazado con el largo «ahora» de las escalas temporales de la geología y de la biología, una vinculación sin precedentes en la historia de la humanidad<sup>19</sup>. Es verdad que ciertos fenómenos a escala terráquea —los terremotos, por ejemplo— han irrumpido en nuestras narrativas humanistas aquí y allá, pero, por lo general, acontecimientos geológicos tales como el levantamiento o la erosión de una montaña solían ocurrir tan gradualmente que las montañas se percibían como el fondo constante e inmutable sobre el que se articulaban las historias humanas. Sin embargo, en el transcurso de una vida humana (de nuestra vida) nos hemos apercebido de que este fondo ya no es un fondo: somos parte de él, actuando como una fuerza geológica y provocando la pérdida de biodiversidad, la cual puede, en apenas un centenar de años, dar pie a la sexta gran extinción. Independientemente de si el término ya ha sido formalizado por las correspondientes disciplinas, el Antropoceno expresa la duración y la escala de la modificación que nuestra especie ha llevado a cabo sobre la geología, la química y la biología del planeta<sup>20</sup>.

A la hora de reflexionar históricamente sobre los humanos en una época en la que el capitalismo intensivo ha dado lugar a la amenaza del calentamiento global y la extinción de especies en masa, tenemos que poner a trabajar juntas categorías conceptuales que en el pasado hemos considerado separadas y virtualmente desvinculadas. Tenemos que conectar la historia escrita y la historia profunda y establecer un diálogo entre el tiempo geológico y el tiempo biológico de la evolución y el tiempo de la historia y la experiencia humanas. Esto implica una reescritura de la historia de los imperios humanos —de la opresión colonial, racial, de género— junto con la historia más amplia de cómo una especie

<sup>19</sup> Estoy en completo acuerdo con la observación de Jeremy Davies de que la adopción por parte de las humanidades de las discusiones acerca del cambio climático y del Antropoceno tiene que ver en última instancia con qué hacer, en nuestros análisis históricos y políticos, con el tiempo profundo. Véase Jeremy Davis, *Birth of the Anthropocene*.

<sup>20</sup> Naomi Oreskes, «Scaling Up Our Vision», *Isis* 105, 2014, p. 388. Acerca de la cuestión de las extinciones y por qué plantean un problema para la existencia humana, véase Peter F. Sale, *Our Dying Planet: An Ecologist's View of the Crisis We Face*, University of California Press, Berkeley, 2011, pp. 102, 148-149, 203-221, 233. Véase también Elizabeth Kolbert, *The Sixth Extinction: An Unnatural History*, Henry Holt, Nueva York, 2014. [Existe edición en castellano: *La sexta extinción: una historia nada natural*, trad. de Joan Lluís Riera, Crítica, Barcelona, 2015.]

biológica, el *Homo sapiens*, su tecnosfera y otras especies que coevolucionaron o fueron dependientes del *Homo sapiens* llegaron a dominar la biosfera, la litosfera y la atmósfera del planeta. Tenemos que realizar toda esta labor historiográfica, además, sin perder de vista al individuo humano, que no deja de elaborar su experiencia cotidiana y fenomenológica de la vida, la muerte y el mundo —una experiencia que presupone un «mundo» que hoy en día, irónicamente, ya no se presenta como simplemente dado—<sup>21</sup>. La crisis que está desencadenando a nivel planetario se filtra en nuestro día a día de manera mediada, y se podría argumentar que surge de decisiones que tomamos en nuestro día a día (como tomar un avión, comer carne o usar energía fósil por otros medios). Pero esto no significa que la experiencia humano-fenomenológica del mundo haya desaparecido. Ciertamente es que en ningún momento nos alejamos del tiempo y de la historia profundos; recorren nuestros cuerpos y nuestras vidas. En nuestras operaciones diarias, los humanos hemos podido olvidar nuestras características evolutivas, pero el diseño de cualquier artefacto, por ejemplo, se fundamenta en la suposición de que los humanos tienen visión binocular y pulgares oponibles. El hecho de que tengamos cerebros grandes y complejos puede implicar que nuestras historias grandes y profundas puedan coexistir junto con nuestros breves y someros pasados, que nuestro sentido interior del tiempo —estudiado por los fenomenólogos, por ejemplo— no se alinearán siempre con las cronologías evolutivas o geológicas<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Frédéric Worms, *Pour un humanisme vital: Lettres sur la vie, la mort, le moment présent*, Odile Jacob, París, 2019.

<sup>22</sup> Quiero registrar aquí —con todo mi respeto y admiración— un pequeño desacuerdo conceptual con alguna de las propuestas de Daniel Lord Smail en su sugerente libro *On Deep History and the Brain* (University of California Press, Berkeley, 2008). El libro abre con la siguiente afirmación: «Si la humanidad es el tema de la historia, como hubiese aconsejado Lineo, entonces parecería razonable decir que el Paleolítico, ese largo período de la Edad de Piedra antes de la aparición de la agricultura, es parte de nuestra historia». Estoy de acuerdo, pero Smail añade que, en lo que respecta a los genes («de considerable antigüedad») que son «responsables de construir el sistema nervioso automático», su «historia es también la historia mundial, ya que este equipamiento es compartido por todos los humanos, pero las diferentes culturas lo construyen, lo manipulan y lo transforman de diversas maneras». Ciertamente, pero la característica física de un sistema nervioso autónomo es algo que los humanos comparten con otros animales, así que esta historia no puede ser una historia exclusivamente humana. Tal vez deberíamos escribir una historia compartida entre las diferentes especies, pero tal empresa es una discusión aparte. Con todo, las especulaciones de la filósofa Catherine Malabou basadas en la historia del cerebro humano y de

### *Ser político al límite de lo político*

La mezcla de escalas humanas y no humanas produce lo político bajo la forma de una paradoja que pone en cuestión las maneras heredadas de comprender y usar dicha categoría<sup>23</sup>. Mi uso del término *político* bebe de Hannah Arendt y de mi reinterpretación de su pensamiento por medio de Carl Schmitt. La conexión innata que existe entre el tiempo intergeneracional y la concepción de lo político de Arendt nos permite entender por qué *cualquier* acción tomada con el fin de interpelar el cambio climático que se extienda a lo largo de la vida de varias generaciones es política (si bien toda solución está condenada a cierto nivel de impopularidad)<sup>24</sup>.

Los lectores de *La condición humana* recordarán que Arendt identifica la capacidad humana de hacer uso de las diferencias individuales —su término es *pluralidad*— para crear lo nuevo en los asuntos humanos como fuente de la «acción», el fundamento de su definición de lo político. La acción, escribe Arendt, «corresponde a la condición humana de la pluralidad, al hecho de que los hombres, no el Hombre, vivan en la Tierra y habiten en el mundo»<sup>25</sup>. La acción es «la actividad política por excelencia». La acción está también vinculada con la condición de la natalidad: el hecho de que todos nacemos como únicos y

su plasticidad son altamente relevantes y, si encuentran más apoyos en el futuro, cuestionarían frontalmente mis afirmaciones. Catherine Malabou, «The Brain of History, or The Mentality of the Anthropocene», *South Atlantic Quarterly* 116, n.º 1, 2017, pp. 39-53. Véase también Catherine Malabou, *What Should We Do with Our Brain?*, trad. de Sebastian Rand, Fordham University Press, Nueva York, 2008. [Existe edición en castellano: *¿Qué hacer con nuestro cerebro?*, trad. de Enrique Ruiz Girela, Arena, Madrid, 2007.]

<sup>23</sup> Para una visión sugerente acerca de cómo el Antropoceno incide en nuestra concepción de la política y del pensamiento político, véase Duncan Kelly, *Politics and the Anthropocene*, Polity, Cambridge, 2019.

<sup>24</sup> Véase Patchen Markell, «Arendt's Work: On the Architecture of The Human Condition», *College Literature* 38, n.º 1, invierno de 2011, pp. 36, 37 n. 3, donde Markell estudia la «interdependencia» entre trabajo y acción. Repárese también en el siguiente comentario de Vatter: «La acción y la natalidad [...] se encuentran en una relación mimética: la acción puede ser la intensificación de la natalidad, y nunca su limitación, su control o dominio». Miguel Vatter, «Nativity and Biopolitics in Hannah Arendt», *Revista de Ciencia Política* 26, n.º 2, 2006, p. 155.

<sup>25</sup> Hannah Arendt, *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago, 1998, pp. 7, 175. [Existe edición en castellano: *La condición humana*, trad. de Ramón Gil, Paidós, Barcelona, 1993.]